

LIBRO DE MATEO

Lección 63, Capítulo 18

Comenzamos el capítulo 18 la semana pasada e inmediatamente el tema pasó a ser la humildad. La humildad quizá deba ser la principal virtud de cualquiera que aspire a entrar en el Reino de los Cielos.

Los versículos 1 al 14 son esencialmente un examen de las cualidades piadosas que el Señor espera que existan dentro del cuerpo de creyentes. Algunas se expresan de manera positiva; otras, de manera negativa. Es decir, al igual que con la Ley de Moisés, hay cosas que debemos hacer y otras que no debemos hacer. Al principio encontramos una explicación acompañada de palabras de aliento, pero en el versículo 6 rápidamente se convierte en una advertencia con una penalidad. Cuando nos alejamos un poco y contemplamos el panorama general, podemos discernir que, si adoptamos la mentalidad que Yeshua prescribe, evitaremos el impulso interior de juzgar a los demás severamente o deprisa. Así, cuando llegamos al versículo 10, aprendemos que, irónicamente, una de las cosas más amorosas y caritativas que nosotros, como creyentes, podemos hacer por el hermano o la hermana que ha pecado contra nosotros es confrontarlo con su pecado, pero también tratarlo de una manera que reconozca que sigue teniendo valor para Dios. Y esta parte de la enseñanza de Cristo nos prepara para lo que viene a continuación, a partir del versículo 15, que trata de cómo debemos proceder con un miembro de nuestra comunidad de creyentes que ha pecado y ha fallado, y hacerlo de manera justa, franca y conforme a lo que Dios desea de nosotros.

Quizá un trasfondo del capítulo 18 de Mateo que a veces pasa inadvertido es que realmente trata de cómo debe pensar y comportarse una comunidad, una congregación, de seguidores de Jesús. La idea es que ningún hombre es una isla aislada. Si, como individuos, confiamos en Yeshua, entonces automáticamente pertenecemos a múltiples niveles de comunidad, comenzando por nuestra congregación local y extendiéndonos hasta todo el cuerpo mundial de creyentes. Por eso, nunca debemos aislarnos del mundo ni de la comunión con otros, sino relacionarnos con ambos. Sencillamente, no se nos permite huir de nuestras relaciones, de nuestras obligaciones como miembros del Reino

de los Cielos ni de nuestros pecados y transgresiones. Y todo esto debe estar impulsado por la cualidad de una humildad sincera que antepone el bien de muchos a lo que es bueno para nosotros individualmente.

Así que, para cumplir el mandamiento de Yeshua de amar a nuestro prójimo tanto como nos amamos a nosotros mismos (tomado de Levítico 19:18), debemos humillarnos como es natural en un niño pequeño, pero no tanto en un adulto. ¿Cómo se ve esto en la práctica? Se ve en la vida de Cristo. Debemos imitarla, y saber cómo es esa vida representa una de las razones principales por las que el Padre nos envió a Yeshua. Hablar de imitar al Dios invisible que está en el Cielo está muy bien en teoría; pero ¿cómo se traduce esto al nivel humano entre personas que viven en un planeta Tierra profundamente imperfecto? La Ley de Moisés establece unos cuantos cientos de ejemplos de casos; Yeshua los desarrolla y se presenta como nuestro modelo.

Volvamos a leer una parte del capítulo 18 de Mateo.

VOLVER A LEER MATEO CAPÍTULO 18:1-14

Yeshua comienza un discurso en respuesta a una pregunta totalmente inapropiada de Sus discípulos. No se nos dice cuál de los 12 discípulos fue quien la formuló. Pero la idea es que se trataba de una amplia discusión que había continuado durante algún tiempo (Marcos 9 caracteriza la discusión como una disputa). Y la pregunta tenía que ver con el rango y la posición; es decir, cuál de los 12 discípulos ocupaba el rango más alto y, por tanto, tenía la mayor posición. Aunque no puedo demostrarlo, parece lógico que esta disputa se desencadenara cuando Jesús distinguió a Pedro como la Roca de la cual se extraería la congregación de creyentes.

Así pues, los discípulos estaban preocupados por quién sería considerado el más importante en el rango de liderazgo del Reino de los Cielos, y Yeshua señaló a unos niños pequeños que estaban cerca como respuesta, utilizando una lección ilustrativa. Incluso abraza a uno de los niños y dice que los discípulos deben llegar a ser como ellos en el sentido de ser humildes, en lugar de concentrarse en cuestiones de posición personal. Quiero enfatizar esto: es la notable cualidad de humildad de un niño (un

niño pequeño) lo que debe imitarse... nada más. A los discípulos no se les ordenó volverse ingenuos ni infantiles. Tampoco debían abandonar sus funciones de adultos y poner a los niños pequeños al mismo nivel de autoridad. Ni se consideraba a los niños pequeños fuentes de sabiduría o conocimiento espiritual.

Así pues, dice Yeshua, los más grandes en la sociedad del Reino de los Cielos serán quienes demuestren el mayor grado de humildad (como se observa en los niños pequeños). Ahora bien, especialmente en el mundo occidental moderno, es importante considerar a los niños pequeños de la ilustración de Yeshua según la manera en que se los veía en la sociedad judía del siglo I; de lo contrario, se pierde todo el contexto necesario para entender nuestra respuesta adecuada a esta instrucción. En aquella época, los niños pequeños debían dejarse ver, pero no oír. Tenían una posición muy limitada, incluso dentro de sus propias familias (y eran muy conscientes de ello). Esto no significa que fueran prescindibles, ni que no los amaran o cuidaran, ni que se los considerara de menor valor para Dios. Pero... definitivamente se consideraba que tenían menos valor práctico para la economía familiar. Producían mucho menos trabajo que sus hermanos mayores o sus padres, y no tenían sabiduría que aportar. Las familias de entonces no estaban organizadas para satisfacer cada necesidad y capricho de los niños pequeños. Aun así, los niños pequeños eran vulnerables y fáciles de influenciar, de modo que necesitaban protección. No hace falta decir que esto es un tanto diferente de la manera en que hoy se considera a los niños en Occidente, donde con frecuencia se estima que tienen la misma importancia y valor que los adultos. De hecho, ¿acaso no hemos escuchado todos el estribillo constante de nuestra época de que los niños son tan valiosos que debemos anteponerlos a cualquier otra preocupación, darles lo mejor que tengamos y que, por tanto, en muchos aspectos ellos son quienes mandan en casa? Todo lo que quieran debe dárseles (a veces incluso antes de que sepan que lo quieren), o podríamos dañar para siempre sus preciadas y pequeñas psiques. Por consiguiente, los niños pequeños de hoy no necesariamente reflejan la cualidad de humildad desinteresada de los niños judíos del siglo I que Yeshua utiliza para enseñar a los discípulos.

Al principio, Jesús está hablando de niños pequeños literales. Pero, como hace a menudo, comienza a transformar el objeto de una lección en algo más profundo de lo que resulta inmediatamente evidente. Los líderes religiosos judíos, en particular, también lo hacían regularmente, y ese procedimiento recibió posteriormente algunas denominaciones según hasta dónde podía transformarse la lección ilustrativa en algo más profundo o incluso misterioso. Por eso, el nivel **P'shat** en el que Jesús estaba hablando (el nivel más sencillo y literal de Su mensaje) consistía en decir que Dios ama y valora a los niños pequeños, tanto en su aspecto humano físico como en su aspecto espiritual. Y cualquiera que pensara en hacer daño a estos pequeños inocentes en cualquiera de esos dos aspectos sería juzgado por ello. Pero, a medida que continúa Su discurso, surge el nivel **Remez** de Su enseñanza (la insinuación de algo más profundo). Yeshua dice:

CJB Mateo 18:5 **Quien recibe en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe;**

Claramente, la identificación del niño con Jesús se convierte en parte de la ecuación, al igual que la persona creyente que acoge incluso a un niño pequeño en el grupo. Así que ahora debemos estar atentos a que el término «pequeño» o «niño pequeño» adquiere un significado más profundo como persona de cualquier edad que comienza a confiar en Cristo, al mismo tiempo que conserva el significado de niños pequeños literales. Este concepto es muy difícil de asimilar para la mayoría de los comentaristas bíblicos cristianos (y quizá para la mayoría de los estudiantes de la Biblia), porque consideran estos asuntos desde una perspectiva de una cosa o la otra. Es decir, la declaración de Yeshua solo puede referirse a niños pequeños literales o solo puede referirse a todos los nuevos creyentes. Pero cuando adoptamos la mentalidad de los judíos del siglo I (que habría sido la mentalidad de Yeshua), esa elección tan tajante desaparece. Los significados de palabras profundas, incluso inspiradas, pueden entenderse cómodamente en múltiples niveles.

Por tanto, todo esto significa que los niños pequeños que se sienten atraídos hacia Jesús pueden considerarse Sus seguidores legítimos tanto como los adultos que han alcanzado la edad de responsabilidad. Pero los nuevos creyentes de todas las edades, al igual que los niños pequeños,

tienen tan pocos conocimientos y experiencia que pueden ser engañados con bastante facilidad. O pueden ver frustradas sus esperanzas y su confianza, de forma accidental o intencional, casi sin esfuerzo. Por eso es necesario cuidar mucho de los nuevos creyentes (a veces llamados «cristianos bebés» en la jerga cristiana), especialmente por parte de los líderes. Los nuevos creyentes deben... otra vez, como los niños pequeños... ser protegidos, pero también educados. Una de las razones por las que en Occidente existe la obligación legal de que todos los niños asistan a la escuela es la necesidad imperiosa de la educación, para que puedan madurar y desenvolverse con éxito en una sociedad compleja. Si no reciben educación (o reciben una educación inadecuada), no madurarán ni prosperarán como deberían. Exactamente lo mismo ocurre con un nuevo creyente. Un nuevo creyente necesita comenzar de inmediato un programa de educación. La confianza más básica en Yeshua, que quizá no equivalga a mucho más que sentirse atraído hacia Él, podría bastar para poner un pie en la puerta del Reino de los Cielos. Pero se espera madurez. O, como lo expresa el autor del libro de Hebreos:

CJB Hebreos 5:12 ¡Aunque a estas alturas ya deberían ser maestros, necesitan que alguien vuelva a enseñarles los principios más elementales de la Palabra de Dios! ¡Necesitan leche, no alimento sólido!

Todo esto sirve para decir que ese es el contexto para interpretar este pasaje de Mateo 18. Así que lo que viene a continuación es de suma importancia. En el versículo 6 no se trata solamente de que los nuevos creyentes y los niños pequeños que se sienten atraídos hacia Cristo deban ser tratados con humildad y cuidado, sino que Yeshua utiliza un lenguaje muy contundente para advertir a quienes, sea cual sea su motivación, hagan tropezar a estos seres vulnerables. Entonces declara «¡ay!» de quien coloque una trampa para provocar esa caída. Para enfatizar Su argumento, insta a cualquiera que parezca considerar a estos «pequeños» (una vez más, niños literales o nuevos creyentes) como presas fáciles sobre las cuales ejercer un dominio perjudicial a tomar cualquier medida drástica que sea necesaria para evitarlo.

Entonces Yeshua invierte la situación al decir que quienes piensan tender trampas a los «pequeños» en realidad están tendiéndose trampas a sí mismos. Por tanto, si lo que ve con sus ojos quien pone trampas es lo que lo impulsa a decidir poner una trampa a los pequeños, más le valdría deshacerse del ojo que lo provoca. Lo mismo se aplica al pie, porque el pie ya no representa solamente el pensamiento, sino ahora la acción misma. Permítanme ser claro: esto es una expresión. De ninguna manera está sugiriendo Jesús que alguien se mutele para dejar de tender trampas. Simplemente utiliza un lenguaje fuerte para dejar claro Su argumento, porque la penalidad por no prestar atención a esta advertencia es muy severa:

CJB Mateo 18:8 ...¡Más vale que quedes mutilado o lisiado y obtengas la vida eterna, que conservar ambas manos o ambos pies y ser arrojado al fuego eterno!

Desde una perspectiva general, esto trata de quienes causarían escándalos a la comunidad de creyentes, especialmente si esos escándalos consisten en aprovecharse de personas de poca fe o de una fe inmadura, que son ingenuas y están desprotegidas... y de niños demasiado inocentes e indefensos para protegerse por sí mismos.

El castigo por hacer algo que Cristo considera despreciable y que, por tanto, descalifica a quien tiende la trampa para entrar en el Reino de los Cielos, consiste en que esa persona sea arrojada a Gei-Hinnom. Gei-Hinnom es el valle de Hinnom en Jerusalén que se utilizaba como basurero de la ciudad. Allí ardían fuegos las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Se arrojaban cadáveres de animales e incluso partes de cuerpos humanos. Todo lo que nadie quería terminaba en Gei-Hinnom. Los fuegos despedían un hedor tan horrible que se les echaba azufre para intentar disimular un poco los olores repugnantes. Así pues, la imagen es de lo que el cristianismo llamaría el Infierno. No podía existir un destino peor que ser arrojado a ese montón de basura en llamas.

A la advertencia del castigo más espantoso imaginable le sigue lo siguiente:

CJB Mateo 18:10 10 Miren que nunca desprecien a uno de estos pequeños, porque les digo que sus ángeles en el Cielo contemplan continuamente el rostro de mi Padre que está en el Cielo.

Esta es una declaración verdaderamente intrigante. Yeshua parece estar diciendo que estos «pequeños» tienen ángeles guardianes en el Cielo. Y, de hecho, la mayor parte del cristianismo la ha interpretado precisamente así y la ha incorporado a la doctrina de la Iglesia sobre los ángeles. Me resulta difícil discutirlo. Además, algunas fuentes judías antiguas indican más o menos la misma creencia acerca de los ángeles, llegando incluso a decir que cada persona recibe un ángel personal. El Salmo 91 dice:

CJB Salmo 91:10-11 10 No te sucederá ningún desastre ni se acercará calamidad alguna a tu tienda; 11 porque Él ordenará a Sus ángeles que te cuiden y te protejan dondequiera que vayas.

El Targum de Jacob 2:5 dice: «Yo soy el ángel que ha caminado contigo y te ha protegido desde tu infancia». Filón comenta prácticamente lo mismo. El libro de los Jubileos 35:17, el Targum de Job 43:10 y varias otras obras judías extrabíblicas confirman la creencia judía de que existen muchos ángeles guardianes que ayudan a las personas cuando es necesario, o bien de que a cada persona se le asigna su propio ángel individual (les dejaré a ustedes decidir cómo interpretar exactamente el significado). Sin embargo, a menos que lo que Yeshua expresó acerca de los pequeños y sus ángeles sea simplemente una expresión alegórica (lo cual es improbable), entonces Dios en la Tierra confirma que, como creyentes, ciertamente tenemos ángeles que velan por nosotros, ¡porque ese es el trabajo a tiempo completo de este grupo particular de ángeles! Pero, aún más, se les permite estar en la presencia misma de Dios (cuando un judío habla del rostro de Dios o del rostro de una persona, se refiere a la presencia de Dios o de esa persona). Quiero repetirlo: como creyentes, tenemos ángeles que velan por nosotros. Las palabras de Yeshua parecen decir que INCLUSO los pequeños (niños y nuevos creyentes) no son una excepción y que a ellos también se les han dado ángeles guardianes. Por tanto, no es como si en algún momento, después de cierto tiempo, un creyente finalmente se ganara un ángel guardián. A cada creyente, en cualquier momento de su caminar con Jesús, se le asigna un ángel; por lo tanto, nadie debería sentir orgullo por tener un ángel que cuide de él; todos lo tenemos. Sin embargo, ¿está diciendo

Jesús que los judíos que adoran a Dios, pero que NO confían en Cristo, NO tienen un ángel guardián? Con toda franqueza, puedo decirles con absoluta certeza... que no lo sé.

Después de esta declaración, algunos manuscritos griegos antiguos añaden un versículo 11, mientras que otros no. El versículo 11 (cuando se incluye) dice:

KJV Mateo 18:11 **Porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que se había perdido.**

Encontramos esa misma oración, palabra por palabra, en todos los manuscritos griegos de Lucas 19:10. Por tanto, está bastante claro que algún editor cristiano posterior pensó que añadirla a Mateo 18 aportaba alguna aclaración necesaria o quizá una transición más fluida del versículo 10 al 12. Ciertamente, no cambia de ninguna manera el significado del pasaje.

La pregunta de Cristo al comienzo del versículo 12... «¿Qué les parece?»... se utiliza para hacer que Sus discípulos se detengan a reflexionar. Les plantea una pregunta que, a primera vista, es sencillamente retórica; es decir, espera que estén totalmente de acuerdo con Su premisa. Debíó de haber determinado que, a estas alturas, después de todo lo que les había enseñado y de haberlo observado actuar, había llegado el momento de que comenzaran a utilizar esa reserva de conocimientos y experiencia para sacar algunas conclusiones por su cuenta. Es una pregunta de Yeshua que la mayoría de quienes llevan algún tiempo siendo creyentes han escuchado: si una persona tuviera 100 ovejas y una se alejara y se perdiera, ¿dejarían a las otras 99 para ir a buscarla? Una persona moderna del Occidente del siglo XXI, y poco dispuesta a correr riesgos, podría decir (si fuera sincera): ¡por supuesto que NO! ¿Por qué pondría en riesgo a 99 ovejas por una que seguramente no se alejó por accidente, sino que lo hizo a propósito? Lo que debemos hacer es no perder de vista el centro del asunto: todavía se trata de los «pequeños». Por eso, debemos mantener como contexto que el asunto es qué sucede con un pequeño... un niño o un nuevo creyente... que se desvía. Así pues, la oveja extraviada es una metáfora de un pequeño. Esto también significa que debemos leer esta declaración entendiendo

que las 99 ovejas eran lo suficientemente maduras y sensatas para NO extraviarse, lo que permite al Pastor que las cuida dejarlas por un breve período e ir en busca de aquella oveja inmadura e insensata. De modo que, aunque a menudo se piensa que esta historia incluye el elemento de arriesgar el bienestar de las otras 99 para ir a rescatar a una, pronto descubrimos que ese no es en absoluto el punto (ni siquiera se contempla el riesgo para las 99).

El versículo 13 dice:

CJB Mateo 18:13 ¿Y si sucede que la encuentra? ¡Sí! Les digo que se alegra más por ella que por las noventa y nueve que nunca se extraviaron.

El punto es la alegría por aquella que fue recuperada, y no el riesgo para las 99 que estaban seguras. Piénsenlo de esta manera: ustedes y su esposa, y quizá otra pareja de adultos, llevan a su sobrino de 5 años a Disney World. Mientras caminan, conversan y disfrutan de lo que ven, de pronto se dan cuenta de que el niño ha desaparecido. ¿Qué harían? Dejarían a los adultos, que son lo suficientemente maduros y sensatos para cuidarse solos, e irían a buscar a ese niño. Después de buscar durante casi una hora, finalmente lo encuentran asustado y llorando, pero sano y salvo. Su alivio y alegría son abrumadores, y ni siquiera pensaron en algún riesgo para los otros 3 que dejaron atrás mientras buscaban al pequeño.

Esta ilustración y comparación de las ovejas con el pueblo de Dios, y de los pastores con los líderes del pueblo, que Cristo utilizó, no fue algo que Él inventara de la nada. De hecho, Yeshua debió de tener especialmente presente a Ezequiel, porque Ezequiel fue uno de los Profetas que habló extensamente acerca de los Últimos Días y los Tiempos del Fin. Y Yeshua tenía plena conciencia de quién era y de que Su llegada señalaba el momento del primero de dos períodos de los Últimos Días. Quiero detenerme aquí por un momento para recordarles a todos que Jesús era un ser humano y Su mente funcionaba como la de un ser humano... el ser humano perfecto e ideal. Por consiguiente, hablaba regularmente utilizando expresiones culturales judías muy conocidas, empleaba las normas literarias de Su época, tales como las parábolas, y utilizaba

ilustraciones de la vida cotidiana y de los lugares familiares para explicar asuntos espirituales (y especialmente cómo es el Reino de los Cielos). Tenía un conocimiento incomparable de las Sagradas Escrituras (lo que el cristianismo llama el Antiguo Testamento). Utilizó todas estas cosas en Su ministerio terrenal, de modo que no debería sorprendernos que imitara las palabras que Su Padre le dio a Su profeta Ezequiel. Palabras que muchos judíos, si no la mayoría, habían escuchado alguna vez en su vida. Por eso, dediquemos unos minutos a escuchar a Ezequiel para situar las palabras de Yeshua en un contexto aún más amplio.

LEER EZEQUIEL CAPÍTULO 34 COMPLETO

Espero que ahora puedan ver de dónde viene Cristo en este asunto de ir tras una mientras deja a las otras 99, que son más responsables. Me fascina que las últimas palabras del capítulo 34 de Ezequiel sean:

CJB Ezequiel 34:31 «Ustedes, mis ovejas, las ovejas de mi pastizal, son seres humanos; y yo soy su Dios», dice Adonai ELOHIM.

¿Lo captaron? En todas estas palabras inspiradoras se dice claramente que las ilustraciones de las ovejas y los pastores se refieren a «seres humanos»; así que no hay duda acerca de su significado. Pero observen también que, en Ezequiel, Dios está indignado con los pastores (los líderes) por NO ir tras quienes se habían desviado y alejado del rebaño. Esto no significa necesariamente que los extraviados sean quienes han renunciado a Dios. Más bien, se refiere a quienes son inmaduros, poco sensatos (incluso necios) y se alejaron sin darse cuenta del impacto negativo y de las peligrosas consecuencias de sus acciones. Al mismo tiempo, Dios dice que atribuye a los líderes la responsabilidad terrenal de intentar rescatar a quienes se han desviado. Pero, aunque los líderes fallen, Dios no abandona a las ovejas errantes. Por eso, de vuelta en Mateo 18, versículo 14, leemos:

CJB Mateo 18:14 Así, su Padre que está en el Cielo no quiere que se pierda ni siquiera uno de estos pequeños.

Amigos, entre Ezequiel y Yeshua se nos ha dado un manual sobre cómo debe manejar la comunidad de creyentes la situación de aquellos

miembros que han pecado y se han apartado. Pero el manual continúa en el versículo 15.

Ben Witherington III caracteriza acertadamente los versículos 15 al 20 como un manual para resolver problemas, destinado a recuperar a un compañero creyente o a disciplinar a un seguidor de Cristo. Así que leamos esta breve sección.

VOLVER A LEER MATEO 18:15-20

Ninguno de los otros relatos de los Evangelios contiene esta narración; solo Mateo. Sin duda, esto se debe a su perspectiva cultural particularmente judía. Es importante establecer el contexto de lo que este pasaje está tratando y de lo que NO está tratando. NO se refiere a actividades delictivas. Las ofensas no solo ocurren entre seres humanos, sino que en su mayoría entran en la categoría de avergonzar a alguien o violar las normas no escritas de etiqueta o equidad judías de la época. Para los occidentales modernos resulta bastante difícil comprender el asunto de la vergüenza y el honor. Solo en tiempos recientes hemos tenido una visión bastante aterradora de una estructura social basada en la vergüenza y el honor, cuando el auge del islam extremista ha dejado al descubierto las consecuencias más negativas de un sistema como este, que es la norma en Oriente Medio, al escuchar sobre asesinatos por honor, acusaciones de crímenes rituales, decapitaciones, etcétera. No tengo tiempo para profundizar en los diversos aspectos de ese sistema social, pero pueden consultar la lección 19 de 1 Reyes en TorahClass.com para obtener una visión general de este y de las otras dos estructuras sociales básicas que existen.

En Occidente operamos dentro de un sistema de culpabilidad e inocencia que necesariamente gira en torno a un sistema estable de lo correcto y lo incorrecto, legislado y escrito, y de lo que sucede cuando alguien es declarado culpable de cometer una falta. A este sistema codificado de lo correcto y lo incorrecto lo llamamos «leyes». Por tanto, cuando alguien roba el automóvil de otro, comete una agresión física, miente ante un tribunal o asesina, no pensamos en términos de alguien que ha cometido una transgresión contra nosotros, nos ha ofendido o ha pecado contra

nosotros. Más bien, esa persona ha infringido la ley, y en ese sistema hay un autor del delito y una víctima. Pero el sistema de vergüenza y honor funciona de manera diferente. En ese sistema existe un conjunto de comportamientos y normas de etiqueta que no están escritos, pero que se comprenden perfectamente, y que funcionan en paralelo con el código penal de ese mismo sistema. Es decir, la ofensa no tiene que ver con lo correcto o lo incorrecto, sino con que una persona haga algo a otra que provoque vergüenza a esta última. Una persona que ha sido avergonzada hará casi cualquier cosa para recuperar su honor, porque la vergüenza y el honor representan una posición social fundamental.

Desde el monte Sinaí, Dios ha estado alejando a Israel de un sistema de vergüenza y honor para llevarlo hacia un sistema social de culpabilidad e inocencia. La Ley de Moisés es ese código de lo correcto y lo incorrecto dado por Dios y, algo igualmente importante, especifica qué debe hacerse con la persona que es declarada culpable de cometer una falta. Y en el centro de esa determinación está lo que en Occidente se conoce como Lex Talionis: justicia proporcional. Por consiguiente, a una persona declarada culpable de robo no se le puede cortar la mano ni quitarle la vida como castigo. Pero una persona que quita una vida puede, proporcionalmente, perder la suya. Y hay mucho entre ambos extremos. Sin embargo, en el siglo I los judíos todavía conservaban vestigios de vergüenza y honor arraigados, no en sus leyes, sino en su cultura. Y la mayoría de las culturas que los rodeaban eran sistemas de vergüenza y honor o, como los judíos, tenían algunos elementos de vergüenza y honor.

Por tanto, lo que encontramos en este pasaje es el uso de términos relacionados con la vergüenza y el honor, y las ofensas mencionadas entre personas son, en general, semejantes a las del sistema de vergüenza y honor (aunque no exclusivamente); es una especie de mezcla. Más específicamente, este pasaje trata de cosas que los miembros de la comunidad de creyentes no deberían hacerse unos a otros, o de mostrar una conducta incorrecta que no sea delictiva en sí misma, pero que de todos modos no debe practicarse porque viola el código de santidad del Padre y, además, avergüenza a un hermano. Por tanto, no es que lo que Cristo prescribe necesariamente tenga por objeto eludir el sistema de justicia penal de los judíos (ni el de los romanos),

sino que estos son los tipos de ofensas que Dios considera incorrectas o inapropiadas y que, por consiguiente, deben manejarse dentro de la comunidad de adoradores de Cristo. Así pues, dado que estas ofensas implican no alcanzar los ideales espirituales, requieren una disciplina que puede llegar hasta la expulsión del grupo, la destitución de un puesto de liderazgo (pero no necesariamente de la comunidad) o incluso (al estilo de la vergüenza y el honor) el rechazo social por negarse a confesar y ajustarse a las normas.

Con esto en mente, observen el versículo 15. Comienza así: «Además, si tu hermano comete un pecado contra ti...». En lugar de utilizar la palabra «pecado», como lo hace la CJB, otras versiones bíblicas podrían emplear el término «transgresión» u «ofensa». Una vez más, debemos entenderlo como la infracción de las normas comunitarias, que deben basarse en el código de santidad de Dios (tal como se encuentra en la Ley de Moisés), pero no como actos delictivos. Al mismo tiempo, no debemos considerar los casos utilizados como ejemplos hipotéticos. Estas cosas debían de ser muy reales y estar ocurriendo, y por ello preocupaban a Yeshua. Así que el manual de resolución de problemas que Jesús comunica a Sus discípulos establece un sistema para tratar estas ofensas, y comienza confrontando a la parte ofensora con discreción y en privado. Es realmente una situación entre dos personas, con la esperanza de que pueda resolverse sin causar humillación o vergüenza y, al mismo tiempo, subsanar el asunto.

Esto necesariamente significa que quien ha cometido la ofensa no se da cuenta de lo que ha hecho, o bien considera que su acción está justificada, o todavía no la ha confesado ni se ha arrepentido. Así que ambas partes se sientan a conversar y la persona ofendida explica por qué cree que ha sido ofendida. Al menos hasta este punto del pasaje, el asunto parece ser algo que sucedió entre dos individuos, a diferencia del caso de un miembro de la comunidad de creyentes que mostró una actitud o conducta incorrecta, pero que no necesariamente perjudicó a una persona concreta ni la avergonzó. La esperanza de esta confrontación privada se expresa en las últimas palabras del versículo 15: «Si te escucha, habrás recuperado a tu hermano». Esa es la esperanza de este procedimiento

para intentar recuperar a un hermano. El objetivo es la reconciliación, no la disciplina ni el castigo.

No debemos intentar separar esta narración del contexto de las ovejas y los pastores, ni del de los «pequeños». Están conectados orgánicamente. Así pues, el hermano que se siente ofendido debe tratar el asunto en privado, imitando al pastor, y debe encontrar y recuperar al ofensor... la oveja (el pequeño) que se ha extraviado. Con suerte, no será necesario tomar más medidas. Permítanme añadir que, según la personalidad y el temperamento de cada uno, esto no es algo terriblemente difícil para la persona ofendida... o parece imposiblemente difícil. Algunos podemos confrontar a los demás con bastante facilidad, mientras que otros preferirían arrancarse el brazo a mordiscos antes que confrontar a otra persona por un asunto desagradable. El desafío es que, en realidad, dentro de la comunidad de creyentes no se concede margen a nadie, sea cual sea su temperamento, para evitar una confrontación privada como esta. Creo que parte de la razón por la que no se tienen en cuenta los rasgos de personalidad es que la persona que se niega a confrontar no simplemente sigue adelante, como parece desde fuera. Más bien, tiende a albergar un resentimiento creciente del que quizá nadie más se entere. Ese resentimiento puede explotar de repente y llevar a esa persona a convertirse ella misma en ofensora, porque ya no consigue contenerlo. Por eso, siempre es mejor resolver los asuntos de ofensas personales de manera inmediata y franca.

El versículo 16 pasa ahora al segundo paso. Si el primer paso (una confrontación privada) no funciona, entonces la persona ofendida debe llevar consigo a uno o dos hermanos más e intentar (todavía en privado) que el hermano ofensor confiese su ofensa. En otras palabras, la persuasión amable ha fracasado y ahora el asunto se vuelve más público. Este sistema para tratar las ofensas personales, una vez más, no es algo exclusivo que Cristo esté introduciendo. En el Talmud, Yoma 45c, encontramos estas palabras:

«Samuel dijo: Quien peque contra su hermano debe decirle: He pecado contra ti. Si lo escucha, está bien; si no, que traiga a otros y lo apacigüe delante de ellos».

Así pues, parece que el judaísmo siempre ha contenido este sistema fundamental de tratar las ofensas entre personas, que gira en torno a una confrontación privada con la esperanza de alcanzar la reconciliación, pero después pasa a incorporar a algunos testigos para reforzar el caso contra el ofensor, con la esperanza de que finalmente ceda y confiese.

Nos detendremos aquí por hoy y continuaremos la próxima vez profundizando en este pasaje tan importante, que todavía tiene tanta pertinencia entre el cuerpo de creyentes, incluso en el siglo XXI.